

Manolo era, es, por encima de todo, ternura... Un corazón que se daba a manos llenas a cada amiga, a cada hermano...

Manolo era, es, ternura y regalo; regalo inmenso de ternura a cada paso; mirada limpia; manos tendidas; amor siempre dispuesto a derramarse...

Manolo vivía con sencilla radicalidad, al estilo de Jesús, su compromiso con la Vida, en mayúsculas, y encarnaba como nadie el amor fraterno... Valiente para lo esencial, se exponía, se daba por entero, aun a costa de desvelarse vulnerable, quizás porque intuía que solo desde nuestra fragilidad más íntima podemos construir una verdadera comunidad.

Manolo sabía hacer, con absoluta sencillez, las cosas más importantes: hacía aflorar como si nada lo más valioso de cada persona y caminaba a nuestro lado arrojando nuestros miedos e inseguridades, celebrando cada pequeña alegría o simplemente compartiendo un silencio fecundo de sentido...

Manolo priorizaba el escuchar sobre el predicar, el ayudar y acompañar sobre el liderar, el cuidar y acoger sobre el adoctrinar. En su humildad honesta y ejemplar, rehuía cualquier protagonismo, asumía como pocos el servicio y la búsqueda del último lugar, y lo hacía casi sin querer, con la natural espontaneidad de un niño, rompiendo así cualquier jerarquía o prejuicio.

Durante muchos años, Manolo fue el acompañante incansable de las mujeres, de los más pequeños, de las personas mayores y enfermas..., dándonos ejemplo de cómo construir el Reino aquí y ahora, en lo cotidiano, en el diario vivir, en el barrio.

En Asturias, en Vallecas, en Guatemala y sobre todo, aquí, en Coia, Manolo se dio sin límite, y fue llenando también sus manos y su corazón del amor sincero y agradecido de quienes tuvimos la suerte de conocerlo, acompañarlo y amarlo. Y ahora, cuando celebrábamos junto a él cincuenta años de camino, Manolo se nos ha ido a reunirse con Dios Padre y Madre, en el que tanto confiaba, con el Corazón del Cielo y de la Tierra, del que tantas veces nos hablaba...

Te echamos tanto de menos ya, Manolo, amigo, hermano... Pero nos sentimos agradecidas, agradecidos por el inmenso regalo de haber compartido la vida contigo... Sentimos, sentiremos siempre a nuestro lado el cálido aliento de tu voz, el eco de tus palabras amistosas, el ejemplo de tu espiritualidad comprometida, la sonrisa amable, el abrazo acogedor, la paz que nos diste y nos dejaste...

Hoy quizás nos dirías, como tantas veces, “me prestó mucho”; dirías “te quiero”; dirías “gracias”. Así que hoy, en medio de este profundo dolor, felices de haber compartido tu vida, decimos también, con una sola voz: “Nos prestó mucho, Manolo. Te queremos. Gracias”. Gracias por tanto, por todo, por siempre... Aquí estás y aquí estarás... sembrando de ternura y amor nuestras vidas...